

Identidades en Europa: ¿hacia un único modelo de “sentirse europeo/a?”

ALONSO SANTA CRUZ ÁLVAREZ, Antropólogo Social/ Doctorando en Historia,
sasancru@alumno.upo.es

A MANERA DE INTRODUCCION: ¿DE QUE HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NUESTRA IDENTIDAD, O DE LA IDENTIDAD DE LOS “OTROS”?

Intentando pensar en un estudio de caso específico que sirviera para ejemplificar el tema de las identidades, o para ser más específico, de las múltiples identidades convergentes en el espacio cultural y social europeo, pude recordar una anécdota que puede graficar de manera adecuada el tema en mención. Conversando hace no mucho con un amigo belga, hablábamos de las distintas circunstancias que, por el hecho de no ser “similares” en apariencia a un poblador europeo promedio, habíamos experimentado. En su caso particular, siendo de madre belga y padre marroquí, él ha podido, de manera directa, experimentar diversas situaciones en las cuales ha sido etiquetado o ha empleado etiquetas “étnico-culturales” de manera deliberada (tanto por el como por las otras partes), en una cantidad variada de acciones, y por diversos motivos. Sin embargo, recurre siempre a la manera de “denominarle” que tienen individuos compatriotas suyos, refiriéndose a él como “inmigrante” aun cuando él ha nacido y criado la totalidad de su vida en Bélgica, y más aun, teniendo madre belga. Esto, que experimentaba con malestar de manera inicial, pronto sería esgrimido por él para obtener ciertas prerrogativas que los grupos minoritarios poseen: leyes de cuotas de participación, atención especializada dirigida a estos colectivos en los servicios sociales, o incluso en hechos cotidianos mucho más “banales” como ligar en un bar., etc. De esta manera, el juego de las identidades se presenta como un continuo dress and undressing. en el cual los individuos van permeabilizando las distintas secciones y experiencias de sus identidades étnicas, culturales, nacionales, en función a intereses específicos, y de la misma manera, los grupos hegemónicos emplean estas etiquetas, bajo una dinámica de identidades de “quita y pon”, según intereses de los sectores de poder.

Esto último no nos debe hacer pensar que únicamente es la negación el componente constitutivo de las identidades. Lejos de ello, encontramos elementos

específicos que conforman lo que Benedict Anderson considera como comunidades imaginadas, es decir, un conjunto de elementos simbólicos compartidos por un grupo específico, bajo el cual se cohesionan y comparten un sentimiento de adscripción a la idea de nación en este caso. La lengua, el folclore, los bailes, los mitos, entre otras manifestaciones culturales, son parte de los elementos comunes compartidos por un grupo que, tomándolos, se cohesionan, funcionando (de manera más o menos satisfactoria) la agrupación bajo una idea de “nación”.

¿Que es entonces, identidad, o como se constituye la misma?

Lo que esto significa no es sino el juego de la alteridad, mediante el cual, nuestras identidades son definidas en función de las fronteras de los “otros” o de quienes entendemos como otros. Frecuentemente escuchamos decir que los alemanes son fríos, los italianos alegres, los españoles divertidos, y sin embargo, no nos damos cuenta que quienes siempre dicen esto son las personas que están en la frontera de dicha acepción de identidad: es decir, las personas que no pertenecen al colectivo en mención. Al igual que sucede con otras categorías que funcionan como reguladoras del orden social, como puede ser la de género, las identidades nacionales (vinculadas estrechamente a las identidades étnicas), serán dadas siempre en contraste de elementos propios de grupos circundantes, próximos. Así, un individuo español denota su identidad como “más alegre” (o le adscriben dicha característica) siempre en referencia de alguien que es “más frío, apagado”.

Esto, sin embargo, no queda en este único punto como constitución de las identidades. La pertenencia a múltiples identidades como seña netamente europea marca nuestro *horizonte identitario común*. Como señala Amin Maalouf, las identidades "... no se limitan a las que figuran en los registros oficiales... Para la gran mayoría de personas existe la pertenencia a una tradición religiosa; a una nacionalidad y, a veces, a dos; a un grupo étnico o lingüístico; a una familia más o menos grande; a una profesión; a una institución; a un cierto medio social... Pero la lista es todavía más larga, virtualmente ilimitada: se puede sentir pertenencia más o menos fuerte a una provincia, a un pueblo, a un barrio, un clan, un equipo deportivo o profesional, un grupo de amigos, un sindicato, un partido, una asociación, una parroquia, una comunidad de personas que comparten las mismas aficiones, las mismas preferencias sexuales, las mismas disminuciones físicas o

que se encuentran ante las mismas molestias urbanas. Naturalmente no todas estas pertenencias tienen la misma importancia, en todo caso, no en el mismo momento. Pero no hay ninguna absolutamente insignificante. Son los elementos constitutivos de la personalidad... ". Este enunciado expuesto por Maalouf, y llevado al contexto europeo en el cual tenemos pueblos originarios con una enorme diversidad cultural y étnica, y pueblos que actualmente convergen en el mismo espacio, fruto de las oleadas migratorias dadas en el proceso histórico actual, configuran una Europa multicultural, en la que "forjar la nueva Europa es forjar una nueva concepción de la identidad, tanto para ella como para cada uno de los países que la componen, y un poco también para el resto del mundo" (Maalouf, 1999).

Lo que finalmente constituye a Europa no es entonces la acción de aferrarse únicamente a la herencia cultural de los pueblos originarios europeos, dado que dicha visión gestaría un discurso identitario etnocéntrico que desconocería la diferencia de los múltiples aportes de los grupos inmigrantes presentes en la actualidad. Europa plantea como seña particular, identitaria, la pluralidad. Se define a sí como una comunidad multicultural, y en tal sentido, el sentimiento identitario europeo convive en los individuos conjuntamente con otras identidades, como las locales, nacionales, etc. A pesar de esta aparente flexibilidad, la identidad europea no carece de contenido, sino más bien se basa y concretiza en la acción afirmativa y la voluntad de conocimiento de las múltiples realidades sociales y culturales que en el espacio europeo coexisten, independientemente de su momento de aparición en escena en el marco amplio del ámbito europeo.